

RESEÑAS

Pérez Velasco, V. *Psicología y liberalismo. El individualismo psicológico*. Madrid: UFV, 2020, 169 pp.

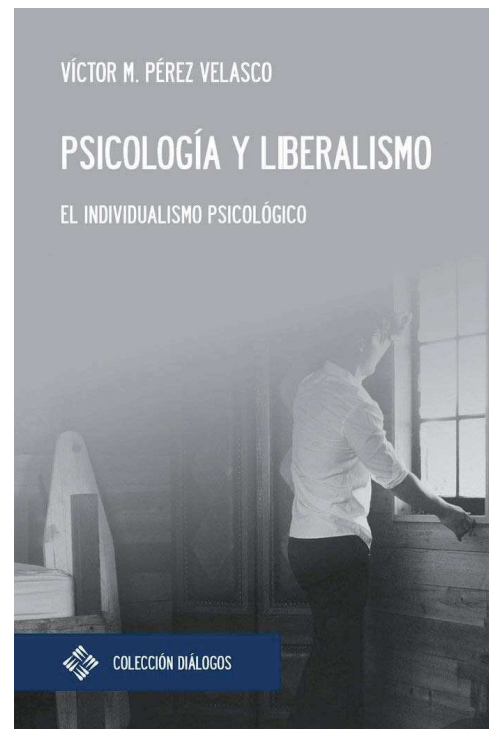
Uno de los logros indudables de la Modernidad, quizás el mayor entre todos ellos, radicó en el rescate de la individualidad, en la conciencia de la dignidad y libertad de la persona que, en tanto sujeto, era autónomo y soberano para decidir su destino, más allá de las determinaciones de la tradición y la autoridad. A partir de esa conciencia y nueva sensibilidad se alcanzaron logros como los de la Declaración de los Derechos Humanos o el establecimiento de la libertad religiosa en buena parte la sociedad occidental. Pero es un hecho constatado (cf. Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*) que ese logro de la modernidad trajo consigo un efecto secundario que ha caracterizado de modo decisivo a la posmodernidad: el individuo se embriagó de individualidad y vino a caer en la absolutización del individualismo.

Dicho individualismo, como tendencia a pensar y obrar con independencia de los demás, o sin sujetarse a normas generales (RAE), se ha exaltado en nuestras sociedades occidentales hasta el punto de derivar en una resbaladiza tendencia a la infantilización de la población, regida bajo la pauta del “todo ya” propio de la conducta infantil, cuando no, en una alarmante proliferación de patologías narcisistas (tales como el “trastorno narcisista de la personalidad” o las diferentes modalidades de psicopatías). A la crispación neurótica de los tiempos de Freud le ha sucedido la exaltación del narcisismo (Lipovetsky).

Una segunda acepción del término individualismo (la única que el autor nos deja ver, obviando la primera arriba citada) es la de tendencia filosófica que defiende la autonomía y supremacía de los derechos del individuo frente a los de la sociedad y el Estado (RAE). La mejor expresión socioeconómica y política de este individualismo es la del liberalismo.

En las relaciones entre la psicología del individualismo y el liberalismo como filosofía política centra su atención el presente volumen, con una patente intención de fundamentar esa posición política liberal, al tiempo que se descalifican sin matiz otras posiciones sociopolíticas.

No existe una ciencia que pueda presumir de la absoluta neutralidad. Toda ella se ha visto y se ve condicionada por intereses y motivaciones de orden eco-



BIBLIOGRAFÍA

nómico, político, religioso, etc. Pero la psicología, sin duda, mucho más que las llamadas ciencias “exactas”, se puede ver más fácilmente manipulada en favor de determinados intereses de los anteriormente citados. El texto que comentamos se constituye como un claro exponente de ello.

El libro se estructura en tres partes claramente delimitadas. En la primera de ellas se nos ofrece una introducción a la teoría política del liberalismo y a lo que son sus principios fundamentales. Desde ahí, se concluye, que es el movimiento político que espontáneamente mejor sintoniza de la naturaleza humana (p.11). El individualismo, la libertad, la propiedad y la iniciativa privada son los rasgos que caracterizan a esta teoría política y los que vienen a coincidir -según el autor- con los componentes básicos de la naturaleza humana. Se trata, pues, de mejorar la reputación del individualismo, demonizado por la hegemonía doctrinal y mediática de los movimientos colectivistas...incluso por las religiones mayoritarias (p.11). Para ello se utilizan (otra cuestión sería de qué modo) determinadas teorías psicológicas, a las que se atiende en la segunda parte de la obra. De estas teorías se concluye con la propuesta de un código de doce valores que defensorios del individualismo psicológico: querer ser único, libertad de conciencia, actuar según mis expectativas, autorrealización personal, fijar metas, ver en la desigualdad un motor de perfección y cambio, tener capacidad de competir, no ser un seguidor forzoso de nadie, no aceptar imposiciones, ganar dinero y no ser un pedigrüeno social (que haya pobreza en el mundo no es por mi causa, p.124), no implicarme en temas colectivos grupales, tener capacidad de ser imperfecto. Para cada uno de ellos se sigue el esquema: En la tercera y última parte se analizan estos supuestos valores a partir de determinados autores y teorías psicológicas, para finalizar con unas conclusiones en la defensa a ultranza del individualismo y la crítica sin matices a lo que el autor llama “igualitarismo” (que apoyan los marxistas, anarquistas, progresistas, e incluso fascistas Y que adoctrinan y niegan o cuestionan la naturaleza humana y su singularidad (p.163). En esa naturaleza humana no está, al parecer, el sentido de la compasión, la solidaridad, el empeño por transformar la realidad en un mundo diferente y mejor. Hay que frenar, por tanto, ese sueño pseudoprotector y homogeneizador igualitarista (99), puesto que hay que defender el derecho a no ser solidario ni a sentirme culpable por ello (p.144). Solo los perfeccionistas pretenden que la vida sea justa o que el mundo cambie (p.142).

De este modo, con un estilo cercano al dogmatismo, el autor hace demasiadas afirmaciones simples sobre realidades bien complejas. En una pretendida batalla con todo tipo de adoctrinamiento, la obra bien puede representar un modelo de dicha actitud adoctrinadora. Sorprende, pues, que una institución universitaria edite una obra tan carente de rigor y tan indisimuladamente tendenciosa. [Carlos Domínguez Morano, SJ]